

De otro modo marchaban las cosas para los franceses en Italia, principalmente desde la llegada del príncipe Tomás de Saboya. Entre este príncipe y el marqués de Leganés, gobernador de Milán, obrando con dos cuerpos de ejército, el uno en el Monferrato y el otro en el Piamonte, é incorporándose los dos cuando convenía, en poco tiempo y con facilidad se hicieron dueños de multitud de plazas y ciudades. Chivas, Ancio, Quierz, Ivrea, Verna, Crescentino, Asti, Saluzzo, Coni y otras varias cayeron sucesivamente en su poder; y poco faltó para que se apoderaran de Turin, en cuyos arrabales llegó á alojarse el príncipe Tomás, y hubiéranlo realizado á no llegar antes que ellos el cardenal de la Valette. Por la parte marítima del ducado de Saboya, unidas las fuerzas del cardenal de aquel título con la flota de España, y sin que el conde de Harcourt pudiera evitarlo, el pueblo y la guarnición de Niza se levantaron contra el gobernador y abrieron las puertas al cardenal, que inmediatamente se apoderó también del puerto y ciudadela de Villafranca. Toda la Saboya se hallaba sublevada contra la duquesa viuda (1), que para conservar alguna protección de la Francia tuvo que sucumbir á humillantes tratados. Y en tanto que esto pasaba, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés continuaban con ardor sus conquistas, tomaban á Montealvo, Pontestura y Trino, y si bien la Valette recobraba á Chivas, los generales españoles formaban el proyecto de apoderarse por sorpresa de Turin para hacerse dueños absolutos del Piamonte.

Lograronlo por medio de un ardid ingenioso. Setecientos hombres entraron por diferentes puntos en la ciudad, fingiendo ser servidores de la princesa regente que iban de diferentes partes del Piamonte (julio, 1639). El estallido de un petardo fué la señal para que se abrieran todas las puertas, y el príncipe entró en medio de aclamaciones en una ciudad en que contaba ya numerosos partidarios. La duquesa apenas tuvo tiempo para refugiarse medio desnuda á la ciudadela. A esta acudió la Valette; el marqués de Leganés á la ciudad. Batíanse desde estos puntos unos y otros, hasta que por mediación del nuncio del papa, Caffarelli, se ajustó una tregua desde el 10 al 14 de octubre. En este intermedio murió el cardenal de la Valette (28 de setiembre), consumido de melancolía al ver el mal estado de los negocios de Francia en la Saboya. Reemplazóle en el mando del ejército de Italia el conde de Harcourt, que tan pronto como espiró la suspensión renovó ardorosamente la guerra, despidiendo al nuncio del papa para no oír sus proposiciones de mediación. Y en efecto, la resolución é intrepidez del de Harcourt hizo variar algun tanto el aspecto de la guerra al terminar el año 1639.

Veamos ya lo que pasaba mas cerca de nuestra España, á las puertas y aun dentro de nuestra nación.

Interesado el príncipe de Condé en vengar el infortunio y lavar la afrenta recibida en setiembre de 1638 delante de Fuentesbravía, encargado, como dijimos, por Richelieu de invadir el Rosellon, aprestóse á ello con cuantas fuerzas las atenciones de otras partes permitieron á la corte de Francia suministrarle. En vano el conde de Santa Coloma, virey y capitán general de Cataluña, observando los movimientos de los franceses, avisaba de ellos y pedía que se abastecieran y guarnecieran convenientemente las plazas del Principado y del

dato, de 1632 á 1642.—Soto y Aguilar, Anales de Felipe IV.—Limiers, Histoire du regne de Louis XIV, tom. I, lib. I.—Entre tanto, y mientras el inconstante duque Carlos de Lorena andaba en negociaciones con Richelieu, su hermano el cardenal Francisco vino á Madrid á pedir socorros de dinero, y el gobierno español, pródigo siempre con los de fuera, le concedió una pensión de veinte mil ducados anuales.—Hannequin, Mem. MS.—Calmet, Historia eclesiástica y civil de Lorena, núms. 106 y 107.

(1) La duquesa Cristina era hermana de Luis XIII. Su esposo el duque Víctor Amadeo había muerto en octubre de 1638. Por intrigas de Richelieu fué nombrada la princesa Cristina su viuda, tutora de sus hijos, logrando apartar del gobierno al príncipe Tomás y al cardenal Mauricio de Saboya, hermanos del duque difunto y enemigos de la Francia. De aquí la alianza de la duquesa con los franceses, y la enemiga de sus cuñados el príncipe y el cardenal. El terno heredero del ducado de Saboya murió luego á la edad de siete años sucediéndole su hermano Carlos Manuel, que solo tenía cinco. La duquesa su madre era regente y tutora.

Rosellon, de las cuales algunas, como Salces, se hallaban defendidas por poca gente y bisoña, mandada por un gobernador achacoso y anciano. El conde-duque de Olivares, ó por indolencia, ó por antiguo resentimiento de los catalanes, no hizo gran cuenta de los avisos de Santa Coloma. Así, apenas el ejército francés se puso en marcha desde Narbona (mayo, 1639), los españoles abandonaban los fortines y se retiraban á Perpiñan. Cuando el duque de Halluin que entró por el Grau con diez y seis mil hombres (9 de junio), se acercó al casi inaccesible ó inexpugnable castillo de Opol, el gobernador, que era flamenco, le entregó cobardemente, bien que pagó en Perpiñan en un cadalso la pena, acaso no tanto de su cobardía como de su traición. Hallando el general francés algunas dificultades para ocupar y franquear el collado de Portús, dióse á talar y saquear la provincia, y puso despues sitio con toda su gente á la importante plaza de Salces, mandada construir por Carlos V para defender la entrada del Languedoc, cercándola inmediatamente de trincheras y baterías.

A excitación del conde de Santa Coloma, que no cesaba de avisar el peligro que corría el Principado, si el Rosellon se perdía, avivóse el patriotismo de los catalanes, y ya que no de la corte, de toda Cataluña acudieron socorros, dando la primera el ejemplo Barcelona, en defensa de la patria. En menos de un mes se juntó en Perpiñan un ejército de mas de diez mil catalanes, todos animosos y entusiastas, pero jóvenes y bisoños los mas, y que por lo mismo necesitaron ejercitarse en el manejo de las armas antes de poderse contar con ellos para batir al enemigo. Y sin embargo, en el primer encuentro que con él tuvieron mostraron ya el reconocido arrojo y bélica aptitud de aquellos naturales. Así los hubieran imitado el gobernador y la guarnición de Salces, que á excepcion de unos pocos valientes, que supieron pelear y morir como héroes, los demás defendieron tan flojamente la plaza y se condujeron con tanta cobardía que la rindieron sin necesidad por capitulación; y la prueba de ello fué que el gobernador no se atrevió á volver á España, temeroso de correr la misma suerte que el de Opol.

El conde de Santa Coloma, que se hallaba ya en Perpiñan, tampoco daba muestras de resolverse á impedir los progresos del enemigo. Verdad es que tenía orden de esperar la llegada del marqués de los Balbases y del de Torrecusa con el ejército de Cantabria. Pero el genio impetuoso y vivo de los catalanes no podía sufrir aquella inacción, censurábanla sin rebozo, y á gritos decían que ni el Principado había hecho tan enormes gastos, ni ellos eran idos para perder su reputación y estar viendo á los enemigos talar impunemente los pueblos. A esto se limitaba por su parte el ejército francés, notablemente menguado por las enfermedades. Ellos se enriquecían con el saqueo, el virey español no los acometía, y los catalanes se desesperaban. Llegó al fin el marqués de los Balbases (1.º de setiembre, 1639), y á los catorce días salió de Perpiñan nuestro ejército, compuesto de tres mil caballos y dos cuerpos de diez mil infantes, el uno de catalanes todos, mandado por el conde de Santa Coloma, el otro de aragoneses, valencianos, castellanos, napolitanos, walones, modeneses é irlandeses, conducido por el marqués de los Balbases. El general francés duque de Halluin, mariscal de Schomberg, se retiró á Francia en busca de refuerzos; dejó Condé de gobernador en Salces á Mr. de Espenan, oficial muy distinguido por su valor y prudencia.

Despues de una sorpresa que los nuestros hicieron al enemigo en Rivasaltas, y que le obligó á encerrarse en las fortificaciones, comenzaron los trabajos del sitio. Los franceses habían fortificado el castillo en términos que parecía haberle hecho inexpugnable. Trabajaban y peleaban los catalanes con admirable actividad é indecible arrojo; por lo mismo fué mucho lo que murmuraron y se quejaron del marqués de los Balbases cuando les mandó suspender las operaciones. No se avenían ellos con tal lentitud y con semejantes disposiciones. Cuatro salidas que los sitiados hicieron fueron rechazadas con un valor desesperado. No faltaba al parecer razon á nuestros soldados para quejarse de la apatía de los generales. Mientras las enfermedades contagiosas diezaban nuestro campo, ó por mejor decir, le terciaban, porque llegaron á mo-

rir hasta ocho mil soldados, el príncipe de Condé que había estado reuniendo tropas en Narbona, se acercaba con veinte mil infantes, cuatro mil caballos y doce piezas de campaña. Tuvose con este motivo consejo de generales, en el cual, despues de varios y encontrados pareceres, como por lo comun acontece, se resolvió mantener el honor de las armas españolas, permanecer en el campo, continuar el sitio y pelear hasta morir con cuantos enemigos viniesen, fuera el que quisiera su número. También á los nuestros les llegaban cada día reclutas de Aragon, Valencia y Cataluña. El duque de Maqueda, general de la armada que se hallaba en Rosas, envió dos mil veteranos y trescientos mosqueteros de los galeones y galeras. Con este refuerzo y con algunas obras que construyeron se prepararon á recibir al enemigo.

Al tiempo que este se acercó, en la tarde del 24 de octubre (1639), una copiosísima lluvia inundó nuestro campo, deshizo varias de las trincheras y cegó las minas, pero también imposibilitó á los franceses de acercarse. El 1.º de noviembre se presentó otra vez Condé con su ejército, resuelto á forzar nuestras líneas. El regimiento de Normandía, célebre por su intrepidez y valor, y cuya bandera había ondeado triunfante en cien batallas, fué el primero que acometió las trincheras en medio de un vivísimo fuego de nuestra artillería y mosquetería; llegaron algunos á ponerse sobre ellas, pero casi todo el regimiento quedó sepultado en el foso. El de Tolosa que le siguió sufrió también gran pérdida, y del de Roquelaure que quiso forzar una media luna solo quedaron vivos cuatro capitanes. El pánico se apoderó de los franceses como en Fuentesbravía, y huyeron como allí en desorden, sin que bastaran á detenerlos los esfuerzos de los oficiales.

Despachó entonces el de los Balbases un trompeta al gobernador de la plaza d'Espenan, intimándole la rendición y ofreciéndole una capitulación honrosa. Mas como la respuesta del francés fuese que no se rendiría hasta que no faltaran todos los recursos, se determinó esperar con paciencia á que el hambre le forzara á rendirse, y se pasaron dos meses sin disparar un tiro, habiéndose familiarmente sitiadores y sitiados. Dió esta conducta lugar á que los catalanes sospecharan y lo manifestaran así, que estaban siendo objeto y víctimas de malos tratos, lo cual produjo lamentables desacuerdos y contestaciones entre los mismos jefes, que hubieran parado en formal escisión á no haber aplacado los ánimos el marqués de los Balbases. El 23 de diciembre, viéndose Espenan sin víveres y con muchos enfermos, pidió capitulación, á condicion de que si no recibía socorros para el 6 de enero entregara la plaza, saliendo con todos los honores de la guerra. Firmóse así, y como los socorros no llegasen, el día convenido evacuaron los franceses la plaza de Salces, y guarnecida por una parte de nuestro ejército, retiróse el resto á invernar en Rosellon y Cataluña. Tan malhadado fin tuvo la famosa empresa del príncipe de Condé sobre el Rosellon en 1639 (1).

Ocupadas nuestras armas de la manera que hemos visto en las tierras del Rosellon, de la Italia y de los Países Bajos, tampoco habían dejado la Francia y su gobierno estar ociosa la fuerza marítima de España. El arzobispo de Burdeos, jefe de la flota francesa del Océano, presentóse primeramente con sesenta velas delante de la Coruña; pero habiendo hallado cerrado el puerto con una cadena de gruesos mástiles bien trincados con fuertes gúmenas y argollas de hierro de uno á otro de los dos castillos que le defendían, hubo de renunciar á la empresa, contentándose con disparar de lejos algunos cañonazos á la plaza. Corriéndose de allí al Ferrol, desembarcó alguna gente, que fué rechazada, no sin reñida pelea. Costeando despues hácia Vizcaya, acometió á Laredo, hizo desembarcar á dos regimientos, él mismo dijo misa en la iglesia de la villa, y se retiró á las naves llevándose algun botín (14 de agosto, 1639). De los dos galeones que había en la rada apresó uno; el otro fué quemado por los mismos que le montaban para que no cayera en su poder. Amagó luego á Santander, é

incendió los astilleros. Los temporales deshicieron aquella flota que tanto daño había intentado causar. Cuando el arzobispo de Burdeos acometió los puertos de Castilla, el de Burdeos recogió cuanta gente de armas pudo, y salía ya al encuentro del prelado francés. ¡Singular manera de cumplir con los deberes del apostolado la de estos dos jefes de la Iglesia, principalmente por parte del mitrado marino de la Francia, casi ya á mediados del siglo XVII!

Peor suerte tuvimos con la escuadra que se envió contra otros mas temibles enemigos, eternos inquietadores de nuestras costas, los holandeses. Esta escuadra, compuesta de setenta velas y de diez mil hombres de desembarco, que con grande esfuerzo había podido reunirse, y cuyo mando se dió al antiguo y acreditado marino don Antonio de Oquendo, tan pronto como llegó al canal de la Mancha tropezó con la del almirante holandés Tromp (setiembre, 1639). En el primer combate que tuvieron, ambas escuadras quedaron maltratadas despues de una recia pelea. Mas habiendo sido de nuevo acometida la armada española (21 de octubre), á pesar del ardor con que nuestros marineros pelearon por espacio de muchas horas, se vió completamente envuelta y derrotada por la escuadra enemiga; perdimos la mayor parte de nuestros bajeles ó apresados, ó incendiados, ó echados á pique, incluso el navío *Santa Teresa*, de ochenta cañones, en que iba lo mas escogido de los mosqueteros de España, y que mandaba el valeroso marino don Lope de Hoces; de estos no se salvó un solo hombre. De los diez mil que formaban toda la fuerza naval, los ocho perecieron. Oquendo se refugió en Dunkerque con solas siete naves que pudo salvar. Los ingleses, á pesar de la neutralidad que habían ofrecido, portáronse mas como enemigos que como neutrales: afirmase que hicieron fuego á nuestros navios; los españoles se quejaron de traición, y de las cartas mismas del almirante holandés se desprendia no haber sido infundado aquel cargo. Lo cierto fué que España perdió en aquel combate lo mejor de su marina, así en hombres como en naves, y que nuestro poder marítimo sufrió este golpe mas sobre los que ya había sufrido en los dos anteriores reinados (2).

No eran mas felices en las Indias las armas de España por este tiempo. Los holandeses, que ya en años anteriores se habían hecho dueños de algunas provincias del Brasil, viéronse reforzados en 1638 con una escuadra que para sostener y ensanchar sus conquistas llevó consigo el conde Mauricio de Nassau, pariente del príncipe de Orange. No obstante la resistencia que procuraron hacer españoles y portugueses, ciudades y provincias enteras se fueron sometiendo al conde Mauricio. Solo en el sitio de la ciudadela de San Salvador sufrió un descalabro que le obligó á retirarse precipitadamente sin esperanza de reducirla. Todavía hizo nuestra nación en 1639 un esfuerzo para ver de arrojar del Brasil á los holandeses, enviando allá á don Fernando Mascareñas, conde de la Torre, con una flota de cuarenta y seis bajeles y cinco mil hombres de desembarco, con mas las naves y hombres que habían de irseles incorporando en el tránsito. Todo hubiera ido bien, si á la mitad de la navegacion no hubiera infestado la escuadra una peste contagiosa que acabó con mas de la mitad de los soldados, llegando los demás á San Salvador extenuados y macilentos. No desfalleció por eso Mascareñas, y con la gente que le quedó y la que pudo juntar de diferentes puntos del Brasil reunió un ejército de doce mil hombres. Pero también la compañía holandesa de las Indias reforzó al conde Mauricio con otra flota, en que iba por almirante el hábil marino Guillermo Looff. Varias veces pelearon las dos escuadras. En uno de los primeros combates pereció el almirante holandés, pero Jacobo Huighens que le reemplazó en el mando, buseó resueltamente nuestra armada para provocarla á una batalla decisiva. Y lo logró el intrépido flamenco tan á su gusto que ganó una victoria completa sobre nuestras naves, tan completa, que de toda aquella gran flota, á costa de tantos esfuerzos y sacrificios reunida, solo trajo Mascareñas á España, despues de mil penalidades y trabajos, cuatro galeo-

(1) Soto y Aguilar refiere con bastante exactitud el suceso del sitio de Salces.—Sucesos principales de la monarquía de España en 1639: archivo de Salazar, A. H.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV, tom. I, lib. I.

(2) La Neuville, Hist. de Holanda.—Le Clerc., Hist. de las Provincias Unidas.—Limiers, Hist. del reinado de Luis XIV, tomo I, lib. I.

nes y dos naves mercantes. Con esto y con el reciente desastre del canal de la Mancha quedaba aniquilado nuestro poder marítimo; la bandera naval española, en otro tiempo tan imponente, andaba como humillada por los mares, y milagro parecía poder armar todavía naves con que defender las costas de nuestros inmensos y apartados dominios (1).

La guerra que dejamos renovada con ardor en Italia á fines de 1639, continuó á principios del 40 siendo favorable al general francés conde de Harcourt, á quien se le fueron rindiendo diferentes ciudades y castillos (enero, 1640). El marqués de Leganés, que había puesto sitio á Casal, tuvo que retirarse atacado en sus posiciones por el ejército reunido de Francia y de Saboya, perdiendo seis mil hombres entre muertos y prisioneros (28 de abril). Victorioso el de Harcourt, pasó á cercar á Turin, donde se hallaba el príncipe Tomás con mas de seis mil soldados y otros tantos ciudadanos que habían tomado las armas en defensa de su partido. Al socorro de la plaza y del príncipe acudió el marqués de Leganés con doce mil infantes y cuatro mil caballos, consiguiendo dejar al francés encerrado entre su ejército y el del príncipe, de modo que parecía imposible que pudiera escaparse. Pero el de Harcourt circunvaló su campo de una y otra parte con tales líneas de trincheras y tan fuertes, y las defendió con tal valor y maestría, que muchas veces intentaron forzarlas los españoles, y otras tantas fueron rechazados, alguna vez con pérdida de cuatro mil muertos (junio, 1640). Reforzaron despues Turena y Villeroy á los suyos; recibieron tambien los nuestros un buen refuerzo de napolitanos. Desesperado el de Leganés de poder forzar las trincheras francesas, se resolvió á bloquear el campo enemigo, ocupando los pasos que le cerraban, para ver de reducirle por hambre. En efecto, á pesar de que Turena logró introducir con suma habilidad algunos convoyes, llegó á experimentar en el campo francés una extrema miseria. Pero no era menos desesperada la que afligía á la ciudad. Por esta razon el príncipe saboyano se arrojaba á hacer salidas arriesgadas, de que por lo comun se retiraba con mas pérdida que ventaja.

El cardenal de Richelieu no cesaba de recomendar al conde de Harcourt que no dejara de emplear todos los medios y aprovechar la ocasion de apoderarse del príncipe Tomás; pero el de Harcourt, que conocía mejor lo crítico de su posicion, y que por otra parte deseaba terminar la conquista, oyó con mas gusto las proposiciones de capitulacion que el príncipe le hizo, y previas algunas conferencias ajustóse aquella (19 de setiembre, 1640), bajo las siguientes principales condiciones:—la plaza sería entregada á las tropas de Luis XIII:—las tropas de la guarnicion saldrían con todos los honores de la guerra:—los ciudadanos que quisieran salir con sus familias, armas y bagajes, podrían seguir al príncipe ó tomar el camino que mas les acomodara:—las infantas de Saboya elegirían entre salir de la ciudad ó permanecer en ella, respetándose todo su servicio, alhajas y muebles:—los españoles podrían reunirse al marqués de Leganés, llevando consigo dos cañones y dos morteros, con veinticinco cartuchos para cada pieza. El conde de Harcourt envió á cumplimentar á las princesas de Saboya, y á tranquilizar á los habitantes asegurándoles serian tratados con toda humanidad. Salió pues el 24 la guarnicion, compuesta de cinco mil infantes y dos mil caballos. El príncipe se fué á Ivrea: en el camino se encontró con el de Harcourt y los dos generales se saludaron ligera y cortesmente. Así perdió España este año en el Piamonte lo que en los anteriores había ganado con tanto esfuerzo. El conde de Harcourt, que se había visto entre dos respetables ejércitos, mandados por hábiles generales, alcanzó con este triunfo en toda Europa reputación y fama de ser uno de los mejores generales de su siglo (2).

Mas prósperamente marcharon este año las cosas de Espa-

(1) Noticias de la guerra del Brasil con los holandeses. MS. de la Biblioteca Nacional, H. 58.—Memorias diarias de la guerra del Brasil por discurso de nueve años, empezando desde 1630, escritas por Duarte de Albuquerque. Madrid, 1654, un tomo, 4.º

(2) Soto y Aguilar, Anales, ad ann.—Leo et Botta, Hist. de Italia.—Le Vassor, Historia de Luis XIII.—Limiers, Histoire du regne de Louis XIV, tom. I, lib. I.

ña en Flandes. Con arreglo al plan de Richelieu, el mariscal de Meylleraie que debía atacar á los Países Bajos por la parte del Mosa salió de Paris con un gran tren de artillería (22 de abril de 1640) camino de Meziers. Despues de un encuentro con las tropas españolas, en que estas destrozaron tres de sus regimientos, acometió la plaza de Charlemont: las lluvias le obligaron á abandonar este proyecto (mayo): el que luego intentó sobre Mariembourg fué frustrado por los españoles, que abrieron las esclusas: y por último, convencido y disgustado el rey de verle malgastar el tiempo sobre el Mosa, no obstante la combinacion que se había procurado con el príncipe de Orange, dióle orden para que se reuniera á los mariscales de Charne y Chatillon para que entre los tres emprendiesen el sitio de Arras. Esta plaza estaba poco preparada para sostener un largo sitio cuando se presentaron delante de ella los dos ejércitos (13 de junio, 1640). La guarnicion estaba reducida á mil quinientos hombres de á pié y cuatrocientos caballos. Los tres mariscales reunieron veintitres mil infantes y nueve mil jinetes, con los cuales comenzaron desde luego á levantar reducidos, abrir fosos y á trabajar en otras obras de sitio. El cardenal infante de España, gobernador de Flandes, se puso en marcha con todas sus tropas y todos sus generales en socorro de la plaza. Los jefes franceses tuvieron entre sí muy fuertes altercados sobre el partido que deberían tomar; y el rey y su ministro Richelieu se fueron á Amiens para tener mas prontas y frecuentes noticias del sitio, y desde allí daban diariamente sus órdenes á los tres mariscales (julio, 1640). Españoles y franceses necesitaban distraer fuertes columnas de tropas para escoltar los convoyes de viveres que á menudo eran alternativamente atacados, dando ocasion á muy serios combates.

Aprovechando una mañana el cardenal infante la ausencia de una de estas columnas, atacó con todas sus fuerzas las líneas enemigas (2 de agosto). La accion duró desde el amanecer hasta muy entrada la tarde: la tropa española, mandada por el duque Carlos de Lorena, se condujo aquel dia con admirable valor, adquirió mucha gloria, pero no logró forzar las líneas. Al dia siguiente los franceses hicieron al gobernador de la plaza una intimacion arrogante, haciéndole saber que si pronto no enviaba parlamentarios para capitular, él, la guarnicion y la ciudad serian tratados con todo el rigor de las leyes de la guerra. La contestacion de los sitiados á aquella amenaza fué recordarles un antiguo refran de aquella tierra que decia: *Los franceses tomarán á Arras cuando los ratones cojan á los gatos*. Comprendese cuánto heriria á los tres famosos mariscales tan despreciativa respuesta, dada por un puñado de hombres sitiados. Dedicáronse aquellos á abrir minas, y cuando el de Meylleraie tenia la suya preparada, intimáronles segunda vez la rendicion (7 de agosto); el gobernador respondió que esperaba las órdenes del cardenal infante; y como le exigiesen respuesta mas precisa, contestó que dentro de tres meses la daría. Entonces la Meylleraie mandó pegar fuego á la mina, que causó grande estrago, y temiendo los de dentro ser asaltados al siguiente dia, prometieron rendirse si no eran socorridos antes del medio dia del 9. No lo fueron, porque el cardenal infante no pudo forzar las trincheras enemigas, y el 9 se firmó la capitulacion á presencia de todo el ejército puesto en orden de batalla, concediéndose á la guarnicion todos los honores de la guerra, á los habitantes el ejercicio de la religion católica, prometiendo no nombrar ningun gobernador que no la profesase, y que se les conservarian sus reliquias y todos sus privilegios. Honrosísima capitulacion para tan corto número de defensores, y extremadamente favorable á los de la ciudad, si el gobernador que se nombró, en lugar de tratarlos con la moderacion que se le recomendó, no se hubiera convertido en tirano.

Hecha la conquista de Arras, penetró el mariscal de Chatillon en la Flandes, sin que le pusieran estorbo los españoles, y limitándose el cardenal infante á cubrir sus plazas estando á la vista del ejército francés. Mucho mas pudo este haber hecho, si le hubiera ayudado, como tenia derecho á esperar y era de su interés, el príncipe de Orange. Pero léjos este príncipe de corresponder á la merecida reputacion de sus antecesores, ni se había señalado antes por ninguna empresa considerable, ni hizo ahora otra cosa, despues de atacar in-

fructuosamente algunos fuertes, que apoderarse del de Nassau, que mandó arrasar por no poder sostenerle no habiendo logrado hacerse dueño de Hulst, de donde le rechazaron los españoles. Aconteció despues otro tanto en Güeldres, yéndose por último hacia Genep, huyendo de los generales españoles don Felipe de Silva y conde de Fuentes que decididamente habían ido á buscarle (1).

Tales fueron los principales sucesos de las guerras exteriores que en el espacio de los cuatro años que abarca este capítulo estaba sosteniendo España en Flandes, en Italia, en Alemania, en la Gascuña, en el Rosellon, en los mares y posesiones de la India; guerras que arruinaban los pueblos y los dejaban desiertos de brazos artesanos y cultivadores; guerras que consumían sin fruto la sustancia de la nacion, y hubieran agotado los tesoros del pueblo mas rico del mundo, y guerras en que el adulador conde-duque de Olivares envolvía al buen Felipe IV halagándole con su idea favorita de hacerle el monarca mas poderoso del orbe, en tanto que le llevaba por el mas derecho camino para ver convertida en miseria y pobreza la grandeza y poderío de sus predecesores.

## CAPÍTULO VI

### Rebelion y guerra de Cataluña

1640

Causas que contribuyeron á preparar la rebelion.—Antiguo desafecto entre los catalanes y el primer ministro.—Conducta de unos y otros en las córtes de 1626.—Reproduciense los desabrimientos en 1632.—Carácter de los catalanes.—Idem del conde-duque.—Servicios mal correspondidos de aquellos en la guerra del Rosellon.—Proceder indiscreto del marqués de los Balbases concluida la guerra.—Alojamientos de las tropas.—Excesos de los soldados.—Quejas de los catalanes.—Son desoídas.—Primeros choques entre la tropa y los paisanos.—Indignacion del pueblo contra el virey conde de Santa Coloma.—Graves desórdenes.—Irritacion general contra la tropa y contra todos los castellanos.—Aliéntala el clero.—Medidas del virey.—Órdenes de la corte.—Irrupcion de segadores en Barcelona.—Pronúnciase la rebelion.—El conde de Santa Coloma asesinado.—Estragos en la ciudad.—Extiéndese la rebelion por todo el Principado.—Guerra entre las tropas y el paisanaje.—El duque de Cardona virey de Cataluña.—Excomulga el obispo de Gerona algunos regimientos.—Efectos que produce la excomunion.—Escenas sangrientas en Perpiñan entre los habitantes y las tropas del rey.—Bombardeo y sumision de la ciudad.—Providencias del de Cardona contra los jefes de las tropas.—Desapruebalas la corte, y muere el virey de pesadumbre.—Comision de los catalanes al rey.—Niégasele la audiencia.—Manifiesto de Cataluña.—Nómbrase virey al obispo de Barcelona.—Junta de ministros en Madrid.—Resúélvese hacer la guerra á los catalanes.—Nómbrase general al marqués de los Velez.—Prepáranse los catalanes á la resistencia.—El canónigo Claris.—Piden socorro á Francia.—Desaciertos del conde-duque de Olivares.—Empieza la guerra en el Rosellon.—Trabajos inútiles de la corte.—Júntase el ejército en Zaragoza.—Pasa el Ebro.—Juramento del marqués de los Velez en Tortosa.—Sujeta aquella comarca.—Defienden los catalanes el paso del Coll.—Son vencidos.—Toma el ejército real el Hospitalet.—General y tropas francesas en Tarragona.—Ataque, defensa y rendicion de Cambrils.—Crueldad con los jefes rebeldes, desaprobada por todos.—Capitulacion entre el general francés d'Espenan y el marqués de los Velez.—Entrega de Tarragona.—Furor y desesperacion de los barceloneses.—Excesos del populacho.—Escenas sangrientas en la ciudad.

Muy rara vez, si acaso alguna, se declara un país en rebelion abierta contra sus legítimos gobernantes sin que de mas ó menos antiguo hayan precedido de una parte ó de otra, ó de ambas mutuamente, desabrimientos, ofensas ó agravios. Por eso es nuestra opinion que las mas de las revoluciones se pueden prevenir con la prudencia, y que de casi todas y sus funestas consecuencias son responsables los que las provocan, ó por lo menos no las evitan pudiendo.

Que desde el año 1626, en que el rey Felipe IV celebró córtes de catalanes en Barcelona, existían graves disgustos y quejas entre el rey y los catalanes, y principalmente entre

(1) Le Clerc, Hist. de las Provincias Unidas.—La Neuville, Hist. de Holanda.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Soto, ad ann.—Relacion verdadera de los encuentros, sucesos y prevenciones de las armas católicas, imperiales y francesas.—Calmet, Historia eclesiástica y civil de Lorena, A. 1640.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV, tom. I, lib. I.

estos y su primer ministro el conde-duque de Olivares, cosa es que recordará fácilmente el que haya leído el capítulo primero de este libro. La conducta de aquellas córtes en la cuestion de subsidios; la manera como á su vez habían sido ellas tratadas por el conde-duque; la marcha repentina del monarca y de su corte de la capital del Principado, sin despedirse de nadie, ni dar parte á las córtes ni disolverlas; la salida de los diputados á su encuentro y sus sentidas quejas sin poder defender al rey; todo lo que en aquella sazón ocurrió entre unos y otros dejó en los ánimos honda raiz de disgustos y de prevenciones desfavorables entre los naturales del Principado y el ministro favorito de Felipe IV, á quien aquellos achacaban, no sin razon, toda la culpa de la aspereza y del desaire con que habían sido tratados. A este primer desabrimiento y á los que en lo sucesivo habían de seguirle contribuían, de una parte el genio altivo, independiente, vidrioso y levantisco que ha distinguido siempre á los catalanes, su carácter duro y poco sufridor de injurias, y su celo y amor proverbial á sus libertades y sus fueros; de otra el orgullo del conde-duque, su propension á tratar á otros con insolencia y sin ningun miramiento, y á vengarse de los que no le acataban ni se le humillaban, acostumbrado como estaba á dominar al mismo soberano y á ser halagado por él (2). Con otro carácter y otra conducta hubiera podido todavía templarse la amargura de los ánimos; pero el de Olivares, que ni olvidaba agravios hechos á su persona, ni perdía ocasion de hacer sentir á los que una vez le ofendieran el peso de su indignacion y de su resentimiento, no cesó de irritar contra ellos al rey, representándole que con sus audaces quejas y con su decantado amor al sostenimiento de sus privilegios, mas que á su propia persona se proponían humillar la autoridad régia.

Quiso la mala fortuna que cuando en 1632 volvió el rey á Barcelona para dejar de lugarteniente al infante don Fernando, se renovara la antigua herida con ocasion de cierta desavenencia entre el conde-duque de Olivares y el almirante de Castilla sobre el modo de tratar á los catalanes, mostrándose naturalmente la nobleza y el pueblo en favor del almirante y en contra del favorito. Nada sufría este menos que las ofensas hechas á su vanidad, así como tampoco nada incomodaba al pueblo catalan, varonil, laborioso y sóbrio, tanto como la vanidad y el lujo del duque y aun de toda la licenciosa corte de Castilla. Algunos vireyes, gobernadores y consejeros, y entre ellos podemos contar al protonotario de Aragon don Jerónimo de Villanueva (3), por adular al de Olivares fomentaban su encono contra los naturales del Principado, tratábanlos con dureza y despego, despachaban con lentitud sus negocios y los llevaban como á remolque, con lo cual se convertía en pronunciado desacuerdo y reojo la no mucha simpatía con que se habían mirado siempre catalanes y castellanos. Resistíanse ya en Cataluña las órdenes de la corte, y para hacerlas ejecutar era menester usar de la fuerza, y ocasion hubo en que se temió que por las calles de Barcelona corriera la sangre.

Con todo eso, cuando los franceses invadieron el Rosellon, guiados los catalanes del amor á la patria, y como dando al olvido antiguos agravios, hicieron espontáneamente aquellos heroicos esfuerzos y sacrificios que en otro lugar hemos apuntado. Ellos levantaron instantáneamente un cuerpo de ejército de mas de doce mil hombres costeados por el país, con armas, equipo, municiones, artillería, carros y bueyes, y todo el tren de guerra, cubriendo con nuevas levadas las bajas para tener siempre en pié un ejército. La diputacion y la ciudad de Barcelona, los consellers, la nobleza, la lonja de merca-

(2) El señor Cánovas del Castillo, en su Historia de la Decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II, capítulo V, habla de las córtes de Cataluña de 1623, trayendo de ellas el origen de las desavenencias entre el rey y los catalanes. Es una equivocacion de este ilustrado autor. Las primeras, y puede decirse las únicas córtes que Felipe IV celebró en Cataluña (porque las de 1640 creemos que no llegaron á reunirse) fueron las de 1626, convocadas por cédula hecha en Barbastro el 16 de febrero de aquel año.—Archivo de la Corona de Aragon, Reg. 50.

(3) El mismo de quien dijimos en el capítulo 4.º que se había formado proceso en la célebre causa de las monjas de San Plácido de Madrid.